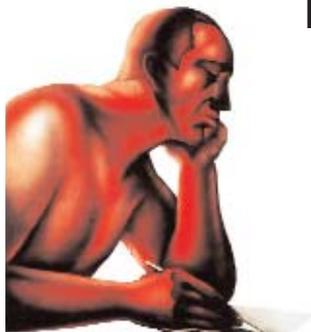


LOS ANARQUISTAS



¿Está de moda el anarquismo? Esa es la impresión que se tiene tras observar la obsesión de la policía y de los medios de comunicación por los "movimientos anarco-autónomos", o el lugar que ha ocupado la bandera roja y negra en las revueltas de los jóvenes griegos. Pero en definitiva, ¿qué es el anarquismo? ¿Se trata de un marco teórico, como el que elaboró Pierre-Joseph Proudhon, de quien celebramos este año el bicentenario de su nacimiento? ¿Habrá que tomar más bien en cuenta la ideología de organizaciones tales como la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) española o la

Zenjiren japonesa, comprometidas en los combates de su época? ¿O hablamos de una corriente de pensamiento más difusa que irriga las luchas sociales y culturales, que unas veces impulsa un poco de radicalidad y otras veces un poco de antiautoritarismo? Por otra parte, incluso hay dirigentes políticos, autoproclamados oportunamente "libertarios", que lo han recuperado. En realidad, todas estas dimensiones se combinan. He ahí seguramente la explicación del sorprendente contraste entre el bajo número de anarquistas en la mayoría de nuestras sociedades y el carácter incómodo de sus ideas.

La CNT, las claves del enigma español

Por ÁNGEL HERRERÍN LÓPEZ*

En España, durante el período republicano (1931-1936) y la Guerra Civil (1936-1939), el anarcosindicalismo desempeñó un papel de capital importancia. Su principal organización, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), contaba con 535 000 afiliados en junio de 1931 y dos millones durante la guerra. Una situación que contrasta de manera singular con la que prevalece hoy día, puesto que el movimiento anarcosindicalista prácticamente ha desaparecido de la sociedad española. O al menos ocupa un lugar muy marginal en relación con lo que ha sido.

Una serie de factores explican esta decadencia: la represión franquista, las confrontaciones internas, la ausencia de un relevo generacional y la debilidad de la ayuda internacional.

El régimen de Francisco Franco golpeó con dureza a los sindicatos y en especial a la CNT —la organización clandestina cuyos órganos de dirección fueron desmantelados por la policía la mayoría de las veces. Así, en el curso de los diez primeros años de dictadura cayeron once comités nacionales y más de sesenta estructuras regionales, y varios dirigentes fueron ejecutados, como en Valencia en 1941.

Aunque el carácter autoritario y policial del franquismo constituyera un peligro para cualquier organización clandestina, la CNT facilitó su trabajo al preservar la misma estructura federal que existía en los tiempos de la legalidad: sindicato, comité regional y nacional. Convencidos de la inminente caída de Franco, sus dirigentes apostaron a la fuerza del número —en 1946 había entre cincuenta y sesenta mil miembros en España— en detrimento de la seguridad basada en un militante limitado, organizado en grupos estancos, mejor adaptados a la clandestinidad. En consecuencia, la caída de cualquier comité podía provocar el desmantelamiento en cadena de la organización y la prisión para decenas de militantes. El resultado fue el agotamiento de las filas y, desde principio de los años 1950, la casi desaparición de la CNT como organización de masas.

Después, si bien en la posguerra todas las organizaciones antifranquistas resultaron afectadas en distinto grado por las luchas internas, éstas fueron especialmente violentas entre miembros de la CNT. Estos enfrentamientos causaron una primera escisión del movimiento libertario que duró dieciséis años (1945-1961) y luego otra, esta vez definitiva, a mediados de los años 1960. De este cisma emergieron dos organizaciones que mantuvieron las mismas siglas.

La CNT "ortodoxa", eminentemente revolucionaria y mayoritaria en el exilio —conducida por Federica Montseny y su compañero Germinal Esgleas— quería retornar a los puros principios anarquistas. Defendiendo las colectivizaciones y las milicias, esta fracción deseaba pasar la página de la participación en los gobiernos republicanos durante la Guerra Civil, que percibía como una causa del debilitamiento del movimiento libertario.

Por su parte, la CNT "posibilista", sindicalista y mayoritaria en España, perseveraba en la colabo-



Por gentileza de la Fundación Pablo Iglesias

MUJO

ración con el resto de las organizaciones antifranquistas, incluso participando en los gobiernos republicanos en el exilio. De modo que las dos organizaciones divergían en cuanto a las tácticas que debían desarrollarse para expulsar a Franco del poder. Mientras que los ortodoxos apostaban por la acción directa, es decir por la insurrección, el sabotaje o el atentado, los posibilistas defendían la negociación política, con el objeto de que las potencias occidentales contribuyeran a provocar el fin de la dictadura. Para los primeros, como lo escribieron en diciembre de 1945 en su publicación CNT, "la caída de Franco será un hecho de la Resistencia del interior [de] la acción directa contra todas las formas de tiranía (...) al margen de toda

acción diplomática, por afuera y por arriba de cualquier gobierno".

Así es como en 1947, en el Congreso de Toulouse, la CNT ortodoxa creaba la Comisión de Defensa encargada de organizar este tipo de acciones en la Península. Por su parte, viendo la manera en que la represión minaba la acción militante, los posibilistas pensaban que sin la ayuda internacional sería imposible terminar con el dictador. El Comité Nacional se preguntaba: "Si el pueblo fue vencido con las armas en la mano, ¿cómo convocarlo a la lucha violenta ahora que tiene las manos vacías?"

Esta confrontación no habría podido ser más nefasta para los libertarios: por ejemplo, se vio có-

mo la dirección ortodoxa enviaba a militantes a España para que expulsaran a los posibilistas de la dirección de la organización clandestina. Esto desconcertó a los militantes y en algunos casos facilitó la acción represiva del régimen. Además, siempre en España, la CNT se vio privada de la ayuda económica que podía recibir de la organización mayoritaria en el exilio, en momentos de extrema necesidad.

Pero esta última no pudo evitar las luchas internas. Se sucedieron así disoluciones de secciones locales y la exclusión de militantes, en especial tras la creación en 1967 de una "comisión de asuntos conflictivos", considerada por algunos militantes como una verdadera "máquina de sancionar". Hasta el punto, por otra parte, de que de los cincuenta mil afiliados representados en el Congreso de París de 1945, treinta años más tarde sólo quedaban dos mil.

Con la victoria de los ortodoxos, la "trilogía sagrada" (sindicalismo revolucionario, acción directa y comunismo libertario) aprobada en los congresos de la preguerra, sirvió de guía de acción para el futuro. Así, la CNT siguió viendo al Estado como a su enemigo, en momentos en que el desarrollo del papel que jugaba en la redistribución de la riqueza debilitaba ese tipo de crítica en un mundo obrero que se veía muy beneficiado.

Pero sin duda lo más grave para la organización fue la ausencia de relevo generacional: sus militantes seguían atados a la Guerra Civil. En España, la CNT se negó a participar en los sindicatos verticales franquistas (1), lo que dificultó el contacto con los trabajadores jóvenes y, en consecuencia, su captación. Un ejemplo significativo: de los cuarenta y cuatro de sus miembros arrestados en 1960, cuarenta y uno tenían más de 18 años al inicio de la guerra.

El mismo fenómeno afectó a la organización en el exilio: dedicando toda su energía a España y acariando la esperanza del regreso, permaneció al margen de las luchas sociales y políticas de los países receptores. Se desconectó así de importantes fuentes de renovación y abandonó terrenos en los cuales los libertarios habían estado tradicionalmente a la vanguardia, como la defensa de la libertad personal, la cultura y la sexualidad.

Por último, hay que señalar que a la muerte del dictador la ayuda internacional fue escasa. Mientras que otros movimientos antifranquistas recibían un fuerte apoyo del exterior, la CNT se encontró sola al iniciar el sinuoso camino de la transición. Muchos otros movimientos libertarios europeos o latinoamericanos también habían sufrido la represión en su país o luchas internas que los habían debilitado. Por lo tanto no pudieron constituir un punto de apoyo en un momento crucial para el anarcosindicalismo español.

A pesar de algunas manifestaciones masivas y efímeras a principios del proceso democrático (como en 1977 el mitin de San Sebastián de los Reyes o las jornadas libertarias de Barcelona), la CNT no pudo recobrar su lustre y su poder de antaño. ■

(1) Se trataba de una forma oficial de sindicalismo: corporativista, controlada por el régimen franquista. La progresiva integración en sus filas de militantes comunistas y socialistas aumentó su combatividad y la convirtió en una fábrica de cuadros para los principales sindicatos obreros de la transición democrática, como la Unión General de Trabajadores (UGT) y las Comisiones Obreras (CCOO).

* Profesor en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de Madrid y autor de *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1978)*, Siglo XXI, Madrid, 2004.